

—
ES PROPIEDAD
—

Imprenta de A. Pérez Dubrull: Flor Baja, 22.



POR EL ARTE

—

(Continuación.)

Á principios de Noviembre se abrió el Teatro principal, llamado *Coliseo* por la prensa marinedina. Una compañía de zarzuela, ni mejor ni peor que las que actúan en la corte, se dedicó á refrescar los secos laureles del repertorio clásico: *Magyares*, *Diamantes de la Corona*, *Dominó Azul*, alternando con las zarzuelas nuevas, *Molinero de Subiza*, *Tempestad*, *Anillo de hierro*, y no sin intercalar de vez en cuando *La Gran Vía*, *Niña Pancha* y otras humoradas de las que hoy gozan el favor del público. Como buen aficionado á la música, yo detesto la zarzuela; pero concurrí asiduamente al teatro, por aquello de «¿adónde vas, Vi-

cente? adonde va la gente». Los días en que se representaban ciertas obras de pretensiones, como *La Tempestad*, me las echaba de entendido, despreciando aquella «ridícula parodia de la música formal», y alzando desdeñosamente los hombros cuando algunos profanos de las butacas la ensalzaban mucho. Así fuí ganando fama de competente y filarmónico, y empezaron á respetarme los grupos que se formaban en los corredores. Mis once años de paraiso eran un diploma de suficiencia que imponía á los más lenguaraces. Cuando me veían, repantigado en mi butaca, fruncir el ceño á ciertos descuidos de la tiple y subrayar las desafinaciones y los berridos del barítono, me decían con acento respetuoso:

—Estará V. aburrido, ¿eh, amigo Estévez? Esto no es oír á la Patti ni á Gyarre.

—¡Bah! Lo que menos le importa á Estévez es lo que pasa en la escena,—replícan otros, dándome en el hombro palmaditas.

Y era verdad. Generalmente mis ojos tomaban la dirección de la platea cuarta, donde lucían sus encantos dos niñas de las más bonitas que honran á Marineda—y cuenta que allí las hay bonitísimas, y á granel; una de las razones por que en aquel pueblo pesa tanto la soltería.—Las dos niñas sabían perfectamente que yo miraba hacia su palco; pero lo gracioso fué que al principio las miraba á ambas, pues me gustaban lo mismo; eran muy parecidas, como dos gotas, sólo que una tenía la cara más cándida, y á la otra el respingo de la nariz le daba un aire de picardía saladísimo. Por lo cual llegué á preferirla; mas ellas, no sabiendo de fijo á cuál se dirigía el homenaje de mi *oseo*, determinaron que era á la inocentilla, y, en efecto, ésta fué la que, con disimulo y por el rabo del ojo, empezó á corresponder á mis amorosas finezas. Á los pocos días me avine y acostumbé de tal modo al cambio, que hasta llegué á dudar si en efecto sería á Celinita y no á Natividad á quien desde el primer mo-

mento había dedicado mis tiernas ansias.

En este entretenimiento inofensivo se pasó la primer temporada teatral, que duró hasta fines de Enero — setenta ó setenta y cinco mortales zarzuelas que nos encajaron, entre el doble abono y las extraordinarias y beneficios. Ya todo Marinada sabía de memoria los aires y letra de *La Gran Via* y de los *Lobos marinos*; los pianos caseros nos martillaban los oídos con música de las mismas obras, y las bandas militares las ejecutaban por las tardes en el paseo y en misa de tropa por las mañanas. A los artistas de la compañía les considerábamos como de la familia, por decirlo así, y el barítono y el gracioso se habían creado — lo afirmaban los periódicos — verdaderas simpatías en la población.

Sólo yo les ponía la proa, asegurando que los zarzueleros no merecen consideración de artistas, ni ese es el camino. En suma, ellos, el día que se marcharon, mostrábase tristes, sintiendo dejar aquel pueblo donde tan afectuosamente se les

trataba, donde alternaban con lo más granado del sexo masculino. La contralto, á quien le había salido un protector (según malas lenguas), iba hecha un mar de lágrimas. No me conmovió la partida de la compañía, lo confieso; sin embargo, al día siguiente de la marcha noté un vacío: las noches volvían á ser eternas; otra vez al Casino de la Amistad, en medio de un aguacero desatado, á oír las mismas murmuraciones, á discutir horas enteras si la plaza de médico del Hospital se le debió dar á Barbosa ó á Terreiros, y si fueron intrigas de Mengano ó imposiciones de Perengano; y Celinita metida en su casa ó refugiada en ciertas tertulias caseras, pero graves, donde yo no me atrevía ni á poner el pie, porque era tanto como ponerlo en la antesala de la Iglesia, y al pensar en eso, con toda mi nostalgia de la familia, me entraban escalofríos.

Yo veía á Celinita en la platea y me encantaba contemplarla, recreándome en el precioso conjunto que hacía su cara juve-

nil, muy espolvoreada de polvos de arroz como un dulce fino de azúcar, su artístico peinado, con un caprichoso lazo rosa prendido á la izquierda, su corpiño de *velo* crema, alto de cuello, según se estila, que dibujaba con pudor y atrevimiento la doble redondez del seno casto; pero cuando saltaba con la imaginación un lustro, y me figuraba á la misma Celinita ajada por el matrimonio y la maternidad; con aquel pecho, tan curvo ahora, flojo y caído; mal humorada y soñolienta por la noche feroz que nos había dado nuestro tercer canario de alcoba.... entonces, á pesar de mis soledades nocturnas y mis ansias de vida íntima, me felicitaba de que Celinita se aburriese sola en alguna de esas tertulias de provincia donde las muchachas se ven obligadas á bailar el rigodón unas con otras, mientras los hombres disponibles y casaderos entran, furtivamente y embozados hasta los ojos, en la casa de tal ó cual modistilla ó cigarrera alegre, allá por los barrios sospechosos y extraviados....

Á mediados de Febrero comenzó á fermentar en Marineda una noticia. Venía, venía, venía, y venía muy pronto, ¡nada menos que compañía de ópera! ¡un cuarteto de primer orden, con cantantes aplaudidos y admirados en los mejores teatros de Portugal, de Italia y hasta de Rusia! La nueva circuló rápidamente y alborotó los corrillos, y originó interminables polémicas. La mayoría de los marinedinos estaba á favor de la empresa, aunque les escamaba un tanto lo de los precios, pues entre la compañía de zarzuela y los bailes de Carnaval quedarán muy exprimidos los bolsillos, y una butaca en diez y ocho reales, era un ladroncio escandaloso! Pero en cambio, se llenaban la boca con decir que en su Coliseo tendrían un espectáculo no inferior á los que se disfrutaban en Barcelona y Madrid. Gustábales leer en la lista del cuadro de compañía renglones sonoros, como:—Prima donna, signora Eva Duchesini. — Soprano, signora Lucrezia Fioravalle. — Primo basso, signor Filiberto Cavaglio-

ne.—Y más abajo de estos nombres melódicos y rimbombantes, que suenan como gorgoritos, una tentadora lista de óperas, de las cuales, desde hacia bastantes años, no se oía en Marineda sino algún tozo ejecutado por las charangas ó hecho picadillo por los pianos: *Lucta*, *Barbero*, *Fausto*, y hasta *Roberto el Diablo* y *Hugonotes!*

Desde el primer momento voté en contra de la compañía: oposición á raja tabla, con un furor que á veces me asombraba á mí mismo. En primer lugar, me fastidiaba soltar diez y ocho reales por ver mamarrachos, yo que tanto tiempo había estado oyendo por seis reales ó una peseta lo mejorcito que hay en Europa en materia de arte lírico. En segundo, mi conciencia de aficionado antiguo se sublevaba: ¿qué *Hugonotes* ni qué alforjas en el teatro de Marineda? ¿Qué *Roberto*? ¿Quién era la Duchesini, muy señora mía, que jamás la había oído nombrar? ¿Qué becerro sería ese Cavaglione, conocidísimo en su casa á las horas de comer?

Sin embargo, como en provincia no hay originalidad posible en el vivir, y es fuerza que todos vayan unos tras otros como mulos de reata, la perspectiva de encontrarme solo en el salón del Casino de la Amistad, en aquel salón lúgubre cuando no lo puebla el ruido de las disputas; el terror de pasarme la velada en compañía de tres ó cuatro catarros crónicos (el senado machucho que no suelta por nada su rincón); el recelo de que me llamasen tacaño, y dijese que había querido ahorrar el dinero del abono; el fastidio de que viniesen á contarme novecientas grillas sobre la hermosura de la contralto y la voz del tenor; y acaso una comezón secreta de volver á cruzar mis ojos con los de Celina, y fantasear amores sin riesgo ni compromiso, todo me impulsó á abonarme, escogiendo mucho la butaca, como se escoge la casa donde se piensa habitar largo tiempo.

Otras razones había para que aquel abono fuese un acontecimiento, un estímulo y un interés en mi monótona exis-

tencia. La oposición sañuda que yo había hecho por espacio de quince días á la ópera, me había dado ocasión de desplegar en corrillos, casinos, cafés y tiendas mis variados conocimientos en arte musical, y de lucir aquel mosaico de teorías, análisis, juicios y doctrinas que debía á la enseñanza de mis compañeros de paraíso. Asombrábame, cual se asombraría el fonógrafo si fuese consciente, de notar cómo me subían á la boca y se me salían por ella á borbotones las mismas palabras de mis doctores y maestros. Yo había absorbido, á modo de esponja, la sabiduría de todos ellos juntos. Unas veces charlaba con la verbosidad y petulancia de Magrujo; otras juntaba el pulgar y el índice, alzando los demás dedos y estirando el hocico, para alabar un *pizzicato* ó un *crescendo*, igual que Dóriga; ya imitaba la campanuda gravedad del venerable Armero, dando exactísimos detalles biográficos, que todo el mundo ignoraba, acerca de Gayarre, Antón, Stagno, la Patti y la Theodorini; ya, como Gonzalo

de la Cerda, desarrollaba aquellas profundas teorías de que el peor modo de entender una ópera es oirla cantar, y el más inefable placer artístico se cifra en tenerla sobre el estómago á las altas horas de la noche, entre el silencio, y leerla para sí! Hasta juré que esto último lo había yo ejecutado varias veces; y como el afirmar mucho que se sabe una cosa equivale á saberla, y ya desde la temporada de zarzuela alardeaba de entendido, mi reputación creció bastante, y me sentí temido, influyente y poderoso, lo cual halagó mi amor propio. Cuando fuí á recoger mi butaca, el encargado de la cobranza me dijo con suma deferencia y en voz conciliadora:

—Sr. de Estévez, ya sabemos que entiende V. muchísimo de música.... Verá V. que el cuadro de compañía es digno de figurar en cualquier parte.... Creo que ha de quedar V. contento del bajo.... es una notabilidad: también la tiple.... ya me dirá V. Ciertas faltitas, ¿V. me entiende?, por supuesto que en teatros que no son

el Real, hay que perdonarlas; y más le temo yo á los ignorantes que nunca olfatearon una buena ópera, que á las personas ilustradas y competéntísimas, como V. Aquí (bajando la voz) no hay criterio propio, no señor. En fin, le voy á decir á V. en reserva una cosa: ya tres ó cuatro personas me han pedido que les guarde butaca cerca de la que V. tome, para oír su parecer y enterarse. Conque, imagínese V..... Nada de lo que V. diga se les pasará por alto. Su fallo se espera con impaciencia.

Comprendí que el bueno del recaudador me estaba camelando para que no les hiciese mala obra, y esto lisonjeó infinito mi vanidad y me sobornó,—seamos francos.—Después de todo, ¿qué eran los cantantes, sino pobres diablos que venían á ganar su pan? Casi experimenté un sentimiento de conmiseración y cariño hacia aquellas gentes desconocidas, que ya me proporcionaban dejos de emoción artística, arrancándome á las empalagosas chismografías del Casino.

Marineda, que es una ciudad comercial y bastante culta, á quien quitan el sueño los laureles de Barcelona, se precia ante todo de entender de música; y no hay duda, sus hijos revelan disposición para lo que los periódicos locales llaman *el divino arte*; mas la falta de comunicación, la imposibilidad de oír á menudo verdaderas eminencias, de asistir á conciertos, y de tomar el gusto, hacen que la inteligencia no iguale á las aptitudes, y, sobre todo, que les falte la noción exacta del mérito relativo, y se alabe lo mismo á un gran compositor, por ejemplo, que á un aficionado que toca medianamente el cornetín. Sin embargo, como en todo pueblo que se despierta al entusiasmo artístico, hay en Marineda efervescencia y ardor, y el estreno de la compañía de ópera, desde una semana antes, era el acontecimiento capital del invierno. Se había resuelto que empezarian con *Hernani*.

(Continuará.)

